

En resumidas CUENTAS

PRONTO se cumplirán 25 años de la caída del muro de Berlín. Recuerdo estar junto a un viejo marino que me resumió lo acontecido con una sola frase: «la mar siempre acaba por recuperar la tierra que el hombre le arrebató». Fue su manera de explicar la artificiosidad de la Unión Soviética, la absoluta ineficacia de su construcción cruel frente a la naturaleza del bien más sencillo del hombre libre. El coloso se había derrumbado de golpe ante una Europa occidental boquiabierta. Un embajador español, por cierto, había sido el causante último de la apertura de un puesto fronterizo en aquella ciudad, la grieta que llevó a la riada y la destrucción gozosa de la presa que contenía aquella humanidad.

Pero nada fue casualidad. O lo diré de otra manera: en el principio era la seguridad. Quiero decir que cuando los padres fundadores de lo que hoy denominamos la UE se entregaron a su proyecto, en realidad pensaban en la seguridad. Se trataba de una generación —la de los Monnet, Schumann, Adenauer— que había sufrido sendas carnicerías, dos guerras mundiales, y que temía la llegada de una tercera. Por eso acercaron Francia a lo que quedaba de Alemania, suscitaron el apoyo de los EEUU y, poco a poco, fueron guiando la construcción de las estructuras que salvaron a Occidente de los blindados soviéticos, quien sabe si de la guerra nuclear o, sencillamente, de la pérdida de su ser, paciente-mente esculpido desde el renacimiento hasta hoy.

Y llegó la *pax* americana, el fin de la historia, la mayor expansión del ideal democrático jamás conocido. Y con ello la necesaria redefinición de aquellas estructuras triunfantes que, de la noche a la mañana, se habían quedado sin objetivos ni amenazas a las que combatir. Y mientras la economía entraba en un círculo virtuoso nadie se preguntó mucho más.

El despertar llegó el 11 de septiembre de 2001. Desde entonces Occidente se ha enfrentado a una larga serie de conflictos, la mayor parte de los cuales ha tenido como objetivo, no tanto el control territorial o la soberanía de los Estados, sino sus valores, los mismos que sobrevivieron a los blindados soviéticos, ahora amenazados desde la asimetría, golpeados desde lejos, con la pretensión de valer de ellos para introducirles el virus que los derrote. «Tomaremos el poder con vuestras leyes, y gobernaremos con las nuestras».

En paralelo a lo anterior, la confluencia de una crisis económica devastadora y la emergencia de nuevos poderes regionales y globales han acabado por poner a Europa frente al espejo. Y lo que se ve no gusta. La Europa central capaz de regir los destinos del mundo des-

apareció hace tiempo. Y la que acompañaba a los EEUU en defensa de unos valores, una forma de vida, apenas la ha dejado sola. La placidez autocomplaciente ha creado el espejismo de un sistema democrático universal al que las naciones van llegando inevitablemente. Quienes piensan —pensamos— que este estado de cosas es consecuencia del triunfo de Occidente, y que puede peligrar si no se defiende aún corremos el riesgo de ser tildados de catastrofistas.

Y, sin embargo, el gran desafío del siglo XXI será el del mantenimiento, la expansión y profundización de aquel ideal frente a potencias regionales y globales poco o nada interesadas en nuestros valores. Será el de la supervivencia de una Europa y una forma de vida, en la consciencia de que son los valores los que trajeron la prosperidad. Y el desafío será global, en todos los órdenes y todos los territorios. La idea es antigua, pero nunca más actual que hoy: «Quien gobierne el estrecho de Malaca habrá puesto su mano en la garganta de Venecia».

Si Europa, ese continente que supone el 7 por 100 de la población, 25 por 100 del PIB y 50 por 100 del gasto social del mundo, quiere competir y prevalecer tendrá, primero, que desearlo, y después acometer las reformas que lo hagan posible. La más importante será, probablemente, la de crear estructuras que le permitan ser un actor global. Entre ellas, sin duda, una política exterior capaz de caminar más allá del mínimo consensuado entre 28; y una Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD) que permita su proyección, si no con la ambición de los EEUU al menos como leal compañero de fatigas. Y en esas estamos, aunque aún en los inicios y con el tiempo corriendo.

No consigo recordar el nombre de aquel general norteamericano que aconsejaba: «para ir deprisa, ve solo; pero para llegar lejos, ve acompañado». De eso trata el Consejo Europeo que reunido el próximo diciembre tratará, por primera vez desde 2008, asuntos relativos a la PCSD. No cubrirá la ambición que vengo describiendo, y es posible que sea más la corriente profunda de la historia que la guadianesca conciencia de los estados lo que ponga a rodar los elementos más básicos de una construcción necesaria, quizá incluso sin planos. Pero la UE goza de dinámicas propias que en ocasiones navegan por instinto, huelen los vientos, inician procesos que facilitan el gobierno. Así hemos llegado a una UE que ya ha desarrollado 30 misiones en escenarios de crisis, bien es cierto que la mayor parte de carácter civil. Y contrasta lo anterior con esos momentos de conflicto en que la intervención es inevitable y aparecen muchos europeos y poca Europa. Queda así la sensación de que algo está



Alejandro E. Alvargonzález San Martín
SEGENPOL



Rafael Navarro / Fotos: Pepe Diaz

surgiendo, quizá frágilmente, es posible que aún lejos de lo que sería deseable. De ahí la necesidad de un Consejo Europeo que ponga orden y marque objetivos.

¿Y España? En plena convalecencia, administrando la penuria presupuestaria con la dignidad de un viejo y enjuto hidalgo, distinto de este por el convencimiento y la voluntad de superar este estado, de no conformarse, arropada por una nación que ha dado una formidable lección de sacrificio y solidaridad, no puede ser ajena a cuanto ocurre. España ha pasado de retaguardia de la Guerra Fría a vanguardia de la que se libra en nuestro inmediato horizonte meridional, no puede solazarse en las confortables vecindades propias de nuestros socios del norte, y necesita ser actor —en compañía de otros— si acaso quiere ser dueña de su propio destino.

Por ello España favorecerá cada paso adelante en la dirección correcta de la profundización de una comunidad de la defensa. No será fácil. Se debatirá, además, en el Consejo Europeo, la necesidad de cubrir el déficit de capacidades existente en el continente, y que tan evidente fue en la guerra de Libia. Y la manera de proteger y desarrollar una industria de defensa siempre criticada pero que tanto aporta a la prosperidad y la seguridad de todos, en un momento en que sus clientes potenciales gastan menos mientras la sofisticación de los nuevos programas hace que cuesten más. Una ecuación complicada que en lo que a capacidades se refiere se resuelve con una frase: o se hace en común o no se hace. Pero hacer ¿qué? Por el momento existe un catálogo de capacidades estratégicas de evidente necesidad. Más allá será la existencia de una Estrategia Europea de Seguridad y Defensa la que marque el camino, si bien su redacción promete ser complicada y exigirá una voluntad todavía hoy dudosa.

*España favorecerá
cada paso
adelante hacia
una comunidad
de la defensa*

En alguna ocasión he comentado gráficamente que nuestra industria de defensa constituye el ecosistema de nuestra seguridad. No podemos arriesgar su debilitamiento por razones de economía y sociedad, de desarrollo tecnológico, pero tampoco lo podemos permitir por razones de soberanía. Mientras la seguridad de todos no esté garantizada por todos o, lo que es lo mismo, mientras no se produzca el desarrollo completo y sólido de una PCSD garante comprobado de nuestra forma de vida y valores, España estará en la obligación y la necesidad de procurar su fortaleza. De tal manera que los avances en la liberalización de los mercados y el sometimiento de los aspectos industriales a las normas de la pura competencia, deberá acompañarse al desarrollo político de una Europa que sea y se comporte como un actor global. Si hasta ahora no se ha conseguido, si el sector industrial de la defensa ha permanecido hasta cierto punto ajeno a las reglas impuestas en la generalidad de la economía europea, es por algo. Caminar, sí, pero no hacia el abismo.

En esta España nuestra se contempla a veces el intento de disociar las políticas de Estado de las sociales, como si las primeras fueran gasto inútil, presupuesto de conspiración rancia y bota de vino barato, y las segundas escuela de sensatez y progreso. Me gustaría, con estas líneas, haber contribuido a deshacer el entuerto. Ambas políticas caminan unidas. No hay prosperidad sin seguridad. No hay libertad sin seguridad como no hay auténtica seguridad sin libertad. Las políticas de Estado, como la política exterior o la de defensa, son garantes de la solidez del Estado de Derecho, de la seguridad jurídica, la inversión, el tráfico marítimo o el abastecimiento energético, y con su permanencia garantizan la libertad tanto como contribuyen a reducir las colas del paro. También esto estará presente en el próximo Consejo Europeo. ■

Misiones y capacidades

Almirante Juan F. Martínez Núñez
Director General de Política de Defensa

DESDE el lanzamiento de sus primeras misiones, la Unión Europea ha recorrido un trecho significativo en su consolidación como actor internacional en el ámbito de la seguridad y defensa. Ciertamente, el ritmo de avance ha sido irregular, puesto que a desarrollos importantes han seguido periodos de consolidación y calma, como si tras cada nueva y ambiciosa disposición en los Tratados, la Unión necesitase tomar aliento antes de profundizar la Política Común de Seguridad y Defensa. Aún con ese caminar indeciso, un logro sin precedentes actúa como elemento de convencimiento y cohesión, como auténtico talismán que permite disipar dudas sobre el potencial real de los europeos para actuar juntos en crisis exteriores: me refiero, naturalmente, al resultado de las misiones y operaciones de la PCSD.

Tres escenarios geográficos sobresalen en la actualidad: los Balcanes, el Cuerno de África y el Sahel. En el primero de ellos, en Bosnia Herzegovina, EUFOR *Althea* progresa en sus esfuerzos de asesoramiento y creación de capacidades. Es ésta una misión en la que las Fuerzas Armadas españolas han desarrollado un magnífico papel, y donde ya se vislumbra su futura transformación en misión no ejecutiva. La PCSD entró en el Cuerno de África de la mano de la operación *Atalanta* de lucha contra la piratería, misión en la que España ha sido impulsor y principal contribuyente. *Atalanta* está consiguiendo su propósito aunque todavía sea pronto para comprobar si los resultados son perdurables. Una próxima revisión estratégica fijará nuevos objetivos de esta operación ampliará su duración y establecerá cauces para facilitar la coordinación con las demás misiones europeas en el Cuerno de África. También será el momento de comenzar a identificar la estrategia de salida.

En esa misma región se desarrolla EUTM *Somalia*, misión de entrenamiento de las fuerzas somalíes en Uganda cuya puesta en marcha lideraron nuestras fuerzas armadas. Los resultados de EUTM pueden calificarse como muy buenos, tanto por el número de soldados formados, como por la calidad de su adiestramiento. El avance experimentado ha reforzado la gobernabilidad del país y permite comenzar ya el adiestramiento en la propia Somalia. Además, en el Cuerno de África militares españoles participan como expertos en la misión civil de apoyo a la creación de capacidades marítimas regionales, EUCAP *Nestor*, misión que complementa a las anteriores en la solución a los problemas de seguridad regionales.

Refiriéndonos ahora al Sahel, en Mali despliega otra misión EUTM de formación y adiestramiento para contribuir a la seguridad y a la

consolidación del país. Una vez alcanzados los objetivos iniciales está en curso una revisión de esta misión que incluirá nuevos cometidos, entre ellos el de mentorización de unidades del ejército maliense, y probablemente su extensión por dos años más.

Una de las características que el desarrollo de estas misiones ha permitido valorar es la singular capacidad europea para hacer posible el enfoque global en la gestión de crisis, poniendo en común distintos mecanismos y herramientas de seguridad, gobernanza o desarrollo. Es algo que confiere a la UE un potencial único, precisamente cuando los escenarios contemporáneos apuntan a crisis en las que esa facultad integradora resulta imprescindible para alcanzar resultados prácticos y efectivos que conduzcan a soluciones duraderas.

Sin embargo, la Unión debe aún mejorar los procesos internos para coordinar sus actividades pues traza separaciones excesivas entre los distintos tipos de misiones, lo que dificulta la comunicación entre ellas. En parte ello es debido a la propia complejidad organizativa de la UE, pero, sobre todo, a carecer de una auténtica capacidad central de planeamiento y conducción, algo que resulta indispensable.

También debe desarrollar sus capacidades de defensa, para lo que necesita sobre todo reforzar su proyección de fuerzas y su autonomía estratégica. Autonomía que no significa distanciamiento de los EEUU, sino al contrario, una mayor capacidad y determinación para compartir responsabilidades con nuestro socio norteamericano.

Sobre la mesa del próximo Consejo Europeo se plantean cuatro programas

prioritarios que buscan aprovechar las sinergias entre el dominio civil y el militar. Son los de reabastecimiento en vuelo, los aviones pilotados por control remoto, los satélites de comunicaciones gubernamentales y la Ciberdefensa. España y otros socios impulsan además que la seguridad marítima se incorpore pronto a estos programas.

Junto a esos proyectos para obtener nuevos equipamientos, merece la pena destacar los proyectos de cooperación que no implican la adquisición de material, sino aprovechar las ventajas que proporciona la interoperabilidad y estandarización de técnicas y procedimientos. Entre estos debemos señalar el Programa de cualificación en transporte con helicópteros del que España fue pionera al realizar el primer ejercicio *Azor 2010* en Logroño; el Adiestramiento en transporte aéreo europeo desarrollado estos dos últimos años en la Base Aérea de Zaragoza; la coordinación de cursos contra artefactos explosivos improvisados, que dirige el Centro de Excelencia C-IED acreditado en Hoyo de Manzanares, o los estudios para preparar un marco normativo para la Ciberdefensa en la UE. ■

La UE debe desarrollar una capacidad central de planeamiento

El futuro de la industria

General de Brigada del EA Arturo Alfonso Meiriño
Subdirector General de Relaciones Internacionales de la DGAM

La Política Común de Seguridad y Defensa (PCSD) de la Unión Europea está lejos aún de poder ser considerada como realmente «común». Además de discrepancias políticas en momentos críticos para la puesta en marcha de actuaciones concretas, de la fragmentación del mercado de defensa, de la falta de armonización de la demanda y de la necesidad de una profunda reestructuración por el lado de la oferta, por encima de todo, los asuntos de defensa están enmarcados en el concepto de soberanía nacional de los Estados Miembros. Sin embargo, no debemos olvidar que como vaticinó en 1950 uno de los padres de la Unión, Robert Schuman, «Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto, se hará gracias a realizaciones concretas que creen en primer lugar una solidaridad de hecho».

El Consejo Europeo de diciembre 2013 —que por primera vez va a analizar la situación de la PCSD desde una perspectiva integral, incluyendo tanto la dimensión política, como la de capacidades militares, y por supuesto la base tecnológica e industrial de la defensa europea— se enmarca precisamente en esa intención de la Unión de ir avanzando en sus diferentes políticas, aunque no sea sin dificultades.

En la decisión del Consejo Europeo de diciembre de 2012 se invitaba a la Alta Representante de la Política Exterior y de Seguridad Común, junto con el Servicio de Acción Exterior y la Agencia Europea de Defensa, así como a la Comisión Europea, a desarrollar propuestas y acciones concretas para fortalecer la PCSD y mejorar la disponibilidad de las capacidades civiles y militares requeridas para la acción exterior de la Unión. El año 2013 se ha caracterizado por una actividad frenética al respecto, plasmada finalmente en dos documentos de suma importancia: en el mes de julio, la Comunicación de la Comisión *Hacia un sector de la seguridad y la defensa más competitivo y eficiente*; en octubre, el *Informe sobre la PCSD* de la Alta Representante.

En lo que respecta a la Comunicación de la Comisión, la Secretaría de Estado de Defensa (SEDEF), a través de la Dirección General de Armamento y Material, ha centrado sus esfuerzos a lo largo de 2013, y en todos y cada uno de los foros internacionales en los que ha venido participando, en identificar las posiciones más apropiadas para España respecto de las iniciativas que la Comisión Europea ha ido incluyendo en los diferentes borradores de la citada Comunicación. Para la Comisión Europea, la crisis económica ha puesto de manifiesto la imposibilidad de hacer competitivo el mercado de defensa europeo basándose exclusivamente, como se ha hecho en otros mercados sectoriales, en instrumentos normativos de liberalización de la oferta.

La Comunicación de la Comisión identifica siete áreas de actuación para el incremento de la competitividad y la mejora de la eficiencia en el mercado y la industria de defensa: fortalecimiento del mercado interior; la promoción de la competitividad; el incremento de las sinergias cívico-militares y el refuerzo de la innovación; el desarrollo de capacidades; el espacio y la defensa; el desarrollo de una estrategia energética europea para el sector de la defensa; y por último, el fortalecimiento de la dimensión internacional.

Más allá de su papel regulador, la Comisión pretende ahora dar un salto cualitativo aspirando a desempeñar nuevos roles como el planificador (capacidades militares, tecnologías críticas), comprador, propietario y operador de prototipos y sistemas de defensa, y en particular como impulsor (posibles mecanismos de financiación) de un mercado de la defensa que forme parte, como cualquier otro sector, del mercado interior de la Unión Europea y sometido por tanto a los criterios de competitividad, transparencia y no discriminación.

El Ministerio de Defensa español ha valorado muy positivamente la Comunicación de la Comisión. Sin embargo, también ha venido

recordando la sensibilidad de los asuntos relacionados con las defensa en el contexto de la Unión Europea, especialmente cuando entran en juego legítimos intereses de seguridad nacional de los Estados Miembros.

En todos los foros, España ha venido exponiendo la necesidad de, antes de introducir nueva normativa, analizar el grado de implementación y armonización de la regulación que en materia de

defensa se puso en marcha a partir de 2009. En este contexto, un paso importante es la definición por aquellos Estados Miembros que poseen cierta base tecnológica e industrial, de las capacidades industriales que consideren estratégicas. Esta tarea ya ha sido iniciada por la SEDEF en el marco de un proceso de consolidación, integración y refuerzo de las capacidades industriales nacionales para que la industria española contribuya al proyecto de consolidación de la industria europea de defensa con un peso específico acorde con el papel que le corresponde a España.

El futuro de la industria europea de defensa y por tanto el de la industria nacional, está en juego. Y todo ello en medio de una importante crisis económica con especial impacto en los presupuestos de defensa y por tanto en la capacidad de obtención y sostenimiento de los sistemas necesarios para que las Fuerzas Armadas puedan llevar a cabo no sólo los compromisos internacionales, sino también las actuaciones que, desde un punto de vista nacional, pudieran requerirse frente a amenazas no compartidas con el resto de los socios. ■

*Está en juego
el futuro de la
industria europea
de Defensa*